



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA CASA NUCINGEN

Á LA SEÑORA D.^a ZULMA CARAUD

¿No es á usted, señora, cuya alta y proba inteligencia es como un tesoro para sus amigos; á usted que es, á la vez, para mí un público y la más indulgente de las hermanas, á quien debo dedicar esta obra? Dignese aceptarla como testimonio de una amistad de la que estoy orgulloso. Usted y algunas almas hermosas como la suya, comprenderán mi pensamiento al leer *La Casa Nucingen* unida á *César Birotteau*. ¿No hay toda una enseñanza social en este contraste?

DE BALZAC.

Ya sabéis lo delgados que son los tabiques que separan los gabinetes particulares en las tabernas más elegantes de París. En casa Very, por ejemplo, el salón más grande está dividido en dos por un tabique que se pone y se quita á voluntad. La escena no ocurría allí, sino en un buen lugar que no me conviene nombrar. Estábamos dos, y diré, pues, como el discreto Enrique Monnier: «No quisiera comprometerla». Saboreábamos las golosinas de una comida exquisita en un saloncito donde hablábamos en voz baja, después de haber reconocido la delgadez del tabique. Habíamos llegado al plato del asado sin haber tenido vecinos en la pieza contigua á la nuestra, desde donde no oíamos más que el chisporroteo del fuego. Dieron las ocho, se oyó un gran ruido de pisadas y de palabras que se cruzan, los mozos llevaron bujías, y vinimos en conocimiento de que el salón vecino estaba ocupado. Al reconocer las voces, supe con qué personas teníamos que tratar.

Eran cuatro de los más atrevidos cuervos marinos salidos

de la espuma que corona las olas incesantemente renovadas de la generación presente, cuatro amables muchachos cuya existencia es problemática, á quienes no se les conoce rentas ni bienes, y que viven bien. Estos inteligentes *condottieri* de la industria moderna, que se ha convertido en la más cruel de las guerras, dejan las inquietudes á sus acreedores, guardan los placeres para ellos y no se preocupan más que de sus vestidos. Por otra parte, son bravos hasta el extremo de fumar, como Juan Bart, un cigarro sobre un tonel de pólvora, tal vez para no equivocarse su papel; más burlones que los periodiquillos, burlones hasta burlarse de sí mismos; perspicaces é incrédulos; huroneadores de negocios, ávidos y pródigos, envidiosos de lo ajeno, pero contentos de sí mismos; políticos profundos, analizándolo todo y adivinándolo todo, aun no habían podido crearse un lugar en el mundo donde desearían ostentarse. Sólo uno de los cuatro ha subido, pero únicamente un pie de la escala social. Esto consiste en tener dinero, y el que ha medrado no sabe todo lo que le falta hasta después de seis meses de halagos. Poco hablador, frío, afectado en los modales y sin talento, este advenedizo, llamado Andoche Finot, ha tenido el valor de colocarse boca abajo ante los que podían servirle, y la astucia de ser insolente con aquellos á quienes no necesitaba. Semejante á uno de los grotescos personajes de la pantomima *Gustavo*, es marqués por detrás y villano por delante. Este prelado industrial mantiene á un caudatario llamado Emilio Blondet, redactor de periódicos, hombre muy inteligente, pero gastador, brillante, capaz, perezoso, sabiéndose explotado y dejando que lo exploten, y pérfido, como es bueno, por capricho; uno de esos hombres á quienes se ama y que uno no aprecia. Astuto como una criada de comedia, incapaz de negar su pluma á quien se la pida, y su corazón á quien le preste dinero, Emilio es el más seductor de esos hombres-mujeres de quienes el más fantástico de nuestros hombres de talento ha dicho: «Los prefiero mejor con zapatos de satén que con botas». El tercero, llamado Couture, vivía de la especulación. Intentaba todos los negocios, y el buen éxito del uno cubría el fracaso del otro. Así, vivía á flor de agua sostenido por la fuerza nerviosa de su juego y de su acción rígida y audaz. Nada aquí y allí buscando en el inmenso mar de los intereses un islote bastante consistente para poder vivir en él. Evidentemente no ocupa el lugar que

le pertenece. Respecto al último, el más malicioso de los cuatro, bastará con que digamos su nombre: ¡Bixiou! Pero ¡ay de mí! ya no es el Bixiou de 1825, sino el de 1836, el bufón misántropo que posee mayor verbosidad y espíritu mordaz, un diablillo furioso de haber gastado tanto ingenio en vano, de no haber recogido su cosecha en la última revolución que daba á cada cual su puntapié, como verdadero Pierrot de los Funámbulos, que conocía su época y las aventuras escandalosas al dedillo, que las adornaba con invenciones picarescas, saltaba sobre los hombros de todos como un clown y que procuraba dejar en ellos una señal, á la manera del verdugo.

Después de haber satisfecho las primeras exigencias de la golosina, nuestros vecinos llegaron en su comida al mismo punto en que nosotros nos hallábamos, á los postres, y gracias á nuestra actitud silenciosa, llegaron á creerse solos. En medio del humo de los cigarros, del vino de Champagne y de las distracciones gastronómicas de los postres, se entabló, pues, una conversación íntima, penetrada de ese espíritu glacial que torna rígidos los sentimientos más elásticos, sofoca las inspiraciones más generosas y da á la risa un no sé qué de agudo; aquella charla llena de la amarga ironía que convierte la alegría en mofa, denotó el agotamiento de almas entregadas á sí mismas, sin más objeto que la satisfacción del egoísmo, fruto de la paz en que vivimos. Aquel libelo contra el hombre que nosotros no nos atrevemos á publicar, el *Sobrino de Rameau*, aquel libro escrito expresamente para hacer ver las llagas humanas, es el único que puede ser comparado con aquel libelo, dicho sin segunda intención, en el que la palabra no respetó ni siquiera lo que el pensador discute, en el que sólo se construyó con ruinas, en el que se respetó todo y en el que se admiró lo que el escepticismo adopta, la omnipotencia, la omnisciencia y la omniconvención del dinero. Una seña bastó para denotar el deseo que yo tenía de escuchar en el momento en que Bixiou tomó la palabra, como se va á ver. Entonces oímos una de esas terribles improvisaciones que labraron la reputación de aquel artista, y aunque fué interrumpida varias veces, suspendida y reanudada, pudo ser escenografiada por mi memoria. Opiniones y forma, todo carece de condiciones literarias. Pero aquello fué lo que se va á relatar, es decir, una mezcla de cosas siniestras que da una idea de nuestro tiempo, en el que sólo deberían contarse historias semejantes. Por

lo demás, yo dejo la responsabilidad al narrador principal. La pantomima, los gestos, en armonía con los frecuentes cambios de voz con que Bixiou describía á los interlocutores puestos en escena, debían ser perfectos, pues sus tres auditores lanzaban exclamaciones de aprobación é interjecciones de contento.

—¿Y Rastignac se ha negado?—preguntó Blondet á Finot.

—Rotundamente.

—¿Y le amenazaste con los periódicos?—preguntó Bixiou.

—Sí, pero se echó á reír—respondió Finot.

—Rastignac es el heredero directo del difunto de Marsay, y hará carrera en política como la hizo en el mundo—dijo Blondet.

—Pero ¿cómo ha hecho su fortuna?—preguntó Couture.

—En 1819, estaba con el ilustre Bianchon en una mala posada del barrio latino; su familia comía y bebía lo suficiente para poder enviarle cien francos mensuales, los bienes de su padre no valían mil escudos, tenía que llevar á costas á un hermano y á dos hermanas, y ahora...

—Ahora tiene cuarenta mil francos de renta—repuso Finot.—Sus hermanas han sido ricamente dotadas y noblemente casadas, y le ha dejado á su madre el usufructo de sus bienes.

—El año 1827 aun le vi yo sin un céntimo—dijo Blondet.

—¡Oh! en 1827...—dijo Bixiou.

—Bueno—repuso Finot,—hoy le vemos en camino de llegar á ser ministro, par de Francia y todo lo que quiera. Hace tres años que ha roto convenientemente con Delfina y no se casará á no ser con una mujer de dinero y noble. El mocito ha tenido el talento de liarse con una mujer rica.

—Amigos míos, hay que apreciar aquí las circunstancias atenuantes—dijo Blondet,—al salir de las garras de la miseria, ha tenido la suerte de tropezar con un hombre hábil.

—Tú conoces bien á Nucingen—dijo Bixiou.—En los primeros tiempos Delfina y Rastignac lo vieron complaciente, pues para el banquero una mujer parecía ser una joya, un adorno, y he aquí lo que constituyó á mi juicio la fuerza de ese hombre. Nucingen no se esconde para decir que su mujer es la representación de su fortuna, *una cosa* indispensable, aunque secundaria, en la vida de los políticos y de los

grandes financieros. El ha dicho delante de mí que Bonaparte había sido un estúpido en sus primeras relaciones con Josefina, y que después de haber tenido el valor de tomarla como un medio, había sido ridículo queriendo convertirla en una compañera.

—Todo hombre eminente debe tener acerca de las mujeres las mismas opiniones que se tienen en Oriente—dijo Blondet.

—El barón ha fundido las doctrinas orientales y occidentales en una encantadora doctrina parisiense. Tenía horror á de Marsay porque no se dejaba manejar; pero Rastignac le agradó mucho y lo explotó sin que Rastignac lo sospechase, confiándole la dirección de su hogar. Rastignac satisfizo todos los caprichos de Delfina llevándola á paseo y acompañándola al teatro. Este gran politiquillo de hoy ha pasado gran parte de su vida leyendo y escribiendo cartas amorosas. En los principios Eugenio era reñido por insignificancias, se mostraba alegre con Delfina cuando ésta estaba alegre, se entristecía cuando estaba triste, soportaba el peso de sus jaquecas y de sus confidencias, y le dedicaba los días enteros de su graciosa juventud para llenar el vacío de la ociosidad de aquella parisiense. Delfina y él celebraban consultas acerca de los adornos y de los trajes que les sentaban mejor, y Eugenio soportaba los arrebatos de su cólera, mientras que, por compensación, la baronesa se mostraba encantadora con el barón. Nucingen se refa para sus adentros, y cuando veía á Rastignac encorvado bajo el peso de sus obligaciones, fingía sospechar algo, y unía de nuevo á los dos amantes mediante el influjo de un miedo común.

—Yo concibo que una mujer rica haya mantenido honrosamente á Rastignac; pero ¿de dónde ha sacado éste su fortuna?—preguntó Couture.—Una fortuna tan considerable como es hoy la suya, se saca de algún lado, y yo no he oído nunca que nadie le acusase de haber discurrido un buen negocio.

—Ha heredado—dijo Finot.

—¿De quien?—preguntó Blondet.

—De los tontos que ha encontrado en su camino—repuso Couture.

—Amiguitos míos—repuso Bixiou,—no ha sido todo robado. Yo voy á contaros el origen de su fortuna, pero ante todo, honor al talento. Vuestro amigo no es cualquier cosa,

sino un hidalgo que conoce el juego y las cartas, y que es respetado por el mundo. Rastignac tiene todo el talento que se necesita tener en un momento dado. Parecerá charlatán, insustancial, inconstante y sin opinión fija; pero cuando se presenta un negocio serio, una combinación determinada, no se atolondra como Blondet, sino que se reconcentra en sí mismo, reflexiona, estudia el punto que hay que atacar y lo hace con todas sus fuerzas. Empleando el mismo valor de Murat, derriba á los accionistas y á los fundadores, y cuando la carga ha surtido su efecto, reanuda su vida ociosa y vuelve á convertirse en el hombre del Mediodía, el voluptuoso, el despreocupado Rastignac, que puede levantarse á las doce porque no se acostó en el momento de la crisis.

—Bueno, eso está bien, pero vamos á su fortuna—dijo Finot.

—Bixiou no podía decirnos más que una cosa—repuso Blondet—y es que la fortuna de Rastignac fué Delfina de Nucingen, mujer notable que une la audacia á la previsión.

—¿Te ha prestado acaso dinero?—le preguntó Bixiou.

Todos soltaron una carcajada.

—Os engañáis al juzgarla—dijo Couture á Blondet.—Su talento consiste en decir palabras más ó menos picantes, en amar á Rastignac con constante fidelidad y en obedecerle ciegamente; es una mujer completamente italiana.

—Dinero aparte—dijo agriamente Andrés Finot.

—Vamos, vamos—repuso Bixiou con voz hueca.—Después de lo que acabamos de decir, ¿os atrevéis aún á reprochar á ese pobre Rastignac el haber vivido á expensas de la casa Nucingen y el haber visto amueblada su casa como la vió antaño nuestro amigo Lupeaulx? Haciendo tal cosa incurriríais en la vulgaridad de la calle de San Dionisio. En primer lugar, abstractamente hablando, como decía Royer Collard, la cuestión puede sostener la crítica de la razón pura; respecto á la de la razón impura...

—Ya le tenemos—dijo Finot á Blondet.

—La cuestión es muy antigua, y fué ya la causa del famoso duelo á muerte entre la Chateigneraie y Jarnac. Jarnac era acusado de tener relaciones demasiado íntimas con su suegra, que era la que pagaba el lujo de su muy amado yerno. Cuando un hecho es tan verdadero, no debe decirse. Por afecto al rey Enrique II, que se había permitido mani-

festarlo, la Chateigneraie hizo suyas aquellas palabras, y de aquí el duelo que ha enriquecido la lengua francesa con la expresión: *golpe de Jarnac* (golpe dado á traición).

—¡Ah! de ese modo, esa expresión que data de tan lejos, es noble.

—Tú podías ignorar eso en tu calidad de antiguo propietario de periódicos y de revistas—dijo Blondet.

—Hay mujeres, y también hombres, que pueden dividir su existencia y no dan más que una parte de ella. Para esas personas, todo interés material está fuera de los sentimientos; dan su vida, su tiempo y su honor á una mujer, y juzgan que no es de gente distinguida el darle nada á una mujer. Por reciprocidad, tales hombres no aceptan tampoco nada de la mujer. Sí, todo se vuelve deshonesto si la fusión de intereses corre parejas con la de las almas. Esta doctrina se profesa y se aplica rara vez.

—¡Bah!—dijo Blondet—eso son bagatelas. El mariscal Richelieu, que era hombre entendido en galantería, señaló una pensión de mil lises á la señora de la Popelinière. Inés Sorel le entregó sencillamente toda su fortuna al rey Carlos VII, y el rey la aceptó. Jacobo Cœur sostuvo la corona de Francia, la cual se mostró ingrata como una mujer.

—Señores—dijo Bixiou,—el amor que no implica una indisoluble amistad me parece un libertinaje momentáneo. ¿Qué supone un completo abandono en el que se reserva algo? Entre estas dos doctrinas, tan opuestas y tan profundamente inmorales la una como la otra, no hay conciliación posible. A mi juicio, las gentes que tienen una unión completa es porque sin duda tienen la creencia de que puede acabar, y entonces, ¡adiós ilusión! La pasión que no se cree eterna, es horrible. (Esto es Fenelón puro). Los que conocen el mundo, los observadores, las gentes distinguidas, los hombres que no sienten vergüenza de casarse con una mujer por su fortuna, proclaman como indispensable una completa escisión de los intereses y de los sentimientos. Los demás son locos que aman y que se creen solos en el mundo con su amada. Para éstos los millones son barro, y el guante ó la camelia llevada por su ídolo vale millones, y si no encontráis nunca en su casa el vil metal disipado, encontraréis en cambio restos de flores escondidas en bonitas cajas de cedro. Para éstos no hay más que un yo, común al amante y á la amada. ¿Qué queréis? ¿quién puede evitar esta enfermedad

secreta del corazón? Hay necios que aman sin ninguna especie de cálculo y hay sabios que calculan al amar.

—Bixiou me parece sublime—exclamó Blondet.—¿Qué dice de esto Finot?

—En cualquiera otra parte—repuso Finot—diría cómo los *gentlemen*; pero aquí pienso...

—Haces lo mismo que los malos sujetos con quienes tienes el honor de estar—repuso Bixiou.

—A fe que sí—dijo Finot.

—Y tú ¿qué dices de esto?—preguntó Bixiou á Couture.

—Todo son tonterías—exclamó Couture.—La mujer cuyo cuerpo no sirve de peldaño al hombre para que logre su objeto, es una mujer que sólo tiene corazón para sí.

—¿Y tú, Blondet?

—Lo practico.

—Pues bien—repuso Bixiou.—Rastignac no era de vuestra opinión. Tomar y no devolver es horrible y hasta un poco ligero; pero tomar para tener derecho de imitar al señor devolviendo las cosas centuplicadas, es un acto caballeroso. Así pensaba Rastignac. Rastignac se sentía profundamente humillado de su comunidad de intereses con Delfina de Nucingen, y yo puedo hablar de sus penas porque le he visto llorar más de una vez deplorando su situación. Sí, lloraba de todas veras... después de cenar. Ahora bien, según vosotros.

—Hombre, ¿te estás burlando?—dijo Finot.

—Nada de eso. Se trata de Rastignac, cuyo dolor sería á vuestro juicio una prueba de su corrupción, pues entonces amaba mucho menos á Delfina. Pero ¿qué queréis? el pobre muchacho tenía esta espina en el corazón. Él es un hidalgo profundamente depravado, y nosotros somos virtuosos artistas. De modo que él pobre y ella rica, Rastignac quería enriquecer á Delfina. ¿Queréis creerlo? Lo ha logrado. Rastignac, que se hubiera batido como Jarnac, optó por la opinión de Enrique II, en virtud de su gran frase: no hay virtud absoluta, sino circunstancial. Esto atañe á la historia de su fortuna.

—Hombre, yo creo que deberías empezar por contar el cuento, en lugar de inducirnos á calumniarnos á nosotros mismos—dijo Blondet con graciosa franqueza.

—¡Ah! amigo mío.—le dijo Bixiou, dándole un pequeño pescozón;—achácalo todo al vino de Champagne.

—Por el santo nombre del Accionista, ¿quieres ó no contar su historia?

—Había subido ya un punto—repuso Bixiou;—pero con tu juramento la doy por terminada.

—¿De modo que hay accionistas en la historia?—preguntó Finot.

—Riquísimos como los tuyos—respondió Bixiou.

—A mí me parece—dijo Finot con tono afectado,—que no quieres hablar á causa de las consideraciones que debes á un muchacho que te saca á veces de tus apuros con un billete de quinientos francos.

—¡Mozo!—gritó Bixiou.

—¿Qué le quieres pedir al mozo?—le dijo Blondet.

—Quinientos francos para dárselos á Finot á fin de soltar mi lengua y destruir mi agradecimiento.

—Cuéntanos tu historia—dijo Finot fingiendo reir.

—Vosotros sois testigos de que no lo hago por ese impertinente que cree que mi silencio sólo vale quinientos francos—dijo Bixiou.—Nunca serás ministro si no aprendes á medir mejor las conciencias. Sí, mi buen Finot, diré la historia sin personalidades, y así estaremos en paz.

—Va á demostrarnos que Nucingen hizo la fortuna de Rastignac—dijo Couture sonriendo.

—Estás más cerca de la verdad de lo que te figuras—dijo Bixiou.—Vosotros no sabéis lo que es Nucingen, financieramente hablando.

—¿No sabes nada de los principios de su vida?—dijo Blondet.

—No le he conocido más que en su casa—dijo Bixiou;—pero podríamos habernos visto otras veces en la calle.

—La prosperidad de la casa Nucingen es uno de los fenómenos más extraordinarios de nuestra época—repuso Blondet.—En 1804 Nucingen era poco conocido y los banqueros de entonces hubieran temblado ante la idea de ver en plaza aceptaciones suyas por valor de mil escudos. Entonces este gran financiero se da cuenta de su inferioridad. ¿Cómo darse á conocer? Suspende los pagos, y de este modo su nombre, que sólo era conocido en Strasburgo y en el arrabal Poissonnière, resuena en todas las plazas, haciendo que su papel corra por todo Francia después de haber pagado todas sus obligaciones. De esta suerte Nucingen empieza á ser muy conocido y acreditado. El año 1815 llega

mi hombre, reúne todo su capital, compra papel del Estado antes de la batalla de Waterloo, suspende los pagos en el momento de la crisis, liquida con acciones de las minas de Wortschin, que se había procurado al veinte por ciento de rebaja, le toma á Grandet ciento cincuenta mil botellas de champagne para cubrirse previendo la quiebra del padre del actual conde de Aubrion, le toma otras tantas de vino de Burdeos á Duberghe, y aceptadas estas trescientas mil botellas, querido mío, á seis reales, logra venderlas á los aliados á seis francos en menos de dos años. De esta suerte, el papel de la casa Nucingen y su nombre se hacían europeos, y este ilustre barón logra evitar el abismo en que tantos hubieran perecido. Dos veces produjo su liquidación inmensas ventajas á sus acreedores, y aunque quiso estafarles, pasa por el hombre más honrado del mundo. A la tercera suspensión, el papel de casa Nucingen circulará por Asia, por Méjico, por Australia y hasta por entre los salvajes. Ouvrard es el único que adivinó á ese alsaciano, hijo de algún judío convertido por ambición, pues solía decir: «Cuando Nucingen reparte oro, es porque recoge diamantes».

—Pues su compadre Tillet vale tanto como él—dijo Finot.—Tened en cuenta que Tillet es un hombre que en materia de nacimiento sólo tiene lo indispensable para vivir, y ese hombre, que no tenía un céntimo en 1814, ha pasado á ser lo que veis; pero, y esto es lo que ninguno de nosotros ha sabido hacer (no me refiero á ti, Couture), ha tenido amigos en lugar de tener enemigos, y además ha sabido esconder tan bien sus antecedentes, que ha sido preciso indagar lo indecible para saber que había sido dependiente de un perfumista de la calle de San Honorato en 1814.

—¡Ta, ta, ta!—repuso Bixiou,—no comparéis nunca á Nucingen con un timador como Tillet, un chacal que se vale de su olfato para adivinar el punto en que se hallan los cadáveres y ser el primero en llegar á ellos á fin de coger el mejor hueso. Por otra parte, comparad á estos dos hombres: el uno tiene la cara aguda de los gatos, y es delgado, seco; mientras que el otro es cuadrado, gordo, voluminoso como un saco lleno, é inmóvil como un diplomático. Nucingen tiene las manos gordas, una mirada de lince que no se anima nunca, una profundidad oculta, y es impenetrable, no se le ve nunca venir; mientras que Tillet resulta demasiado burdo.

—No le veo á Nucingen más ventaja sobre Tillet, que aquél tiene el buen sentido de adivinar que un financiero no debe ser más que barón, mientras que Tillet quiere sacar el título de conde en Italia—dijo Blondet.

—Blondet, amigo mío, una palabra—repuso Couture.—En primer lugar, Nucingen se atrevió á decir que sólo hay apariencias de honradez, y para conocerle bien es preciso estar metido en los negocios. En su casa la banca es un pequeño ministerio: hay allí provisiones para el gobierno, vinos, lanas, tintes, en fin, todo lo que puede ser materia para una ganancia cualquiera. Su genio lo abraza todo. Este elefante del mundo financiero vendería diputados al ministerio y los griegos á los turcos. Como diría Cousin, para él el comercio es la totalidad de las variedades, la unidad de las especialidades. Considerada de este modo la banca, se convierte en toda una política, exige una cabeza poderosa y lleva á un hombre bien templado á sobreponerse á las leyes de la vanidad, en las que se encuentra demasiado estrecho.

—Tienes razón, hijo mío—dijo Blondet.—Pero nosotros solos somos los que comprendemos lo que es la guerra llevada al mundo del dinero. El banquero es un conquistador que sacrifica masas para obtener resultados ocultos, y sus soldados son los intereses particulares. El banquero tiene que combinar sus estrategias, hacer sus emboscadas y tomar sus villas. La mayor parte de estos hombres están tan contiguos á la política, que acaban por mezclarse en ella y por sucumbir con sus fortunas. La casa Necker se perdió con la política, y el famoso Samuel Bernard llegó casi á arruinarse. En cada siglo se encuentra un banquero de fortuna colosal, que no deja fortuna ni sucesor. Los hermanos Paris, que contribuyeron á derribar á Law, y el mismo Law, á cuyo lado son pigmeos todos los que inventan sociedades por acciones, Bouret, Baujon, todos han desaparecido sin dejar siquiera una familia que los represente. Al igual que el tiempo, la banca devora á sus hijos. Para poder subsistir, el banquero debe hacerse noble, fundar una dinastía como los prestamistas de Carlos V, los Fugger, príncipes de Babenhause, que existen aún... en el almanaque de Gotha. La banca busca la nobleza por instinto de conservación, y tal vez sin saberlo. Jacobo Cœur fundó una gran casa noble, la de Noirmoutier, extinguida en tiempo de Luis XIII. ¡Qué energía la de aquel hombre, arruinado por haber hecho

á un rey legítimo! Murió siendo príncipe de una isla del Archipiélago, donde fundó una magnífica catedral.

—¡Ah! si empezáis á dar cursos de historia, nos salimos del tiempo actual en que el trono está desprovisto del derecho de conferir la nobleza y en que se hacen barones y condes á puerta cerrada. ¡Qué lástima!—dijo Finot.

—Tú lamentas la desaparición de la nobleza—dijo Bixiou—y tienes razón. Pero prosigo. ¿Conocéis á Beaudenord? ¿No? Pues bien, mirad como ocurren las cosas. El pobre muchacho era la flor de la elegancia hace diez años. Pero se ha eclipsado de tal modo, que no le conocéis hoy, como Finot no conocía hace un momento el origen de la frase, «golpe de Jarnac». Finot, no te digo esto para molestarte, sino por la frase. Pertenece Beaudenord al arrabal Saint-Germain. Se llamaba Godofredo de Beaudenord. Ni Finot, ni Blondet, ni Couture, ni yo dejaremos de desconocer semejante ventaja. El mozo no sufría la más leve molestia en su amor propio al oír llamar á sus criados al salir de un baile, cuando treinta mujeres bonitas, acompañadas de sus maridos y de sus adoradores, esperaban los coches. Gozaba, además, de todos los miembros que Dios ha dado al hombre. Completamente sano de cuerpo, no tenía ni nubes en los ojos, ni llevaba bisoñé, ni pantorrillas postizas. Sus piernas no se torcían ni hacia adentro ni hacia fuera; su espina dorsal estaba derecha; sus manos eran blancas y bonitas, sus cabellos negros, y su tez no era ni demasiado colorada, como la de un hortera, ni demasiado morena, como la de un calabrés. En fin, cosa esencial, Beaudenord no era demasiado guapo, como lo son aquellos de nuestros amigos que parecen orgullosos de su belleza, cual si no tuviesen otra cosa. Pero dejemos esto á un lado, porque ya lo hemos repetido mil veces. Beaudenord tiraba bien á pistola, montaba admirablemente á caballo; se había batido por una insignificancia y no había matado á su adversario. Ya sabéis que para darse á conocer en el siglo XIX como un verdadero elegante, es preciso penetrar en las infinitas pequeñeces de la vida. Godofredo calzaba y vestía bien; no engordaba, no tenía acento gascón ni normando, hablaba perfectamente, y, al igual que Finot, sabía hacerse admirablemente la corbata. Primo, por afinidad, del marqués de Aiglemont, su tutor (pues era huérfano de padre y madre, lo cual es otra suerte), Beaudenord podía ir é iba á casa de los banqueros sin que

el arrabal Saint-Germain le reprochase estas relaciones, pues afortunadamente un joven tiene derecho á tener por única ley su placer, á ir adonde se divierte y á huir de los rincones sombríos donde florecen las penas. A pesar de todas estas virtudes, hubiera podido ser desgraciado. La dicha tiene la desgracia de parecer significar algo absoluto, apariencia que induce á muchos necios á preguntarse: «¿Qué es la dicha?» Una mujer de mucho talento, decía: «La dicha está donde la ponen».

—Proclamaba una triste verdad,—dijo Blondet.

—Y moral al par que triste—añadió Finot.

—Archimoral. La *dicha*, lo mismo que la *virtud* y que el *mal*, expresan algo relativo—les respondió Blondet,—y por eso La Fontaine esperaba que, á fuerza de tiempo, los condenados se acostumbrarían á su situación y acabarían por encontrarse en el infierno como los peces en el agua.

—Hasta los abaceros conocen las frases de La Fontaine,—dijo Bixiou.

—La dicha de un hombre de veintiséis años que vive en París, no es la dicha de un hombre de veintiséis años que vive en Blois sin interrupción. Los que parten de aquí para tronar contra la inestabilidad de las opiniones, son unos hipócritas ó unos ignorantes. La medicina moderna, cuya mayor gloria consiste en haber pasado desde 1799 á 1837 del estado conjetural al de ciencia positiva, gracias á la influencia de la gran escuela analista de París, ha demostrado que en un determinado espacio de tiempo el hombre llega á renovarse por completo.

—Como el cuchillo de Jeannot, que le parece á uno que es siempre el mismo—repuso Bixiou.—Hay, pues, varias piezas en ese traje de arlequín que nosotros llamamos dicha, y el traje de mi Godofredo no tenía agujeros ni manchas. Un joven de veintiséis años que fuese feliz en amor, es decir, amado, no á causa de su floreciente juventud, ni por su talento, ni por su figura, sino irresistiblemente, ese dicho joven podría no tener un céntimo en el portamonedas que el objeto amado le hubiese bordado, y podría deber el alquiler al propietario, las botas al zapatero y el traje al sastre, en una palabra, podría ser pobre. La miseria destruye la dicha del joven que no tiene nuestras opiniones fundamentales acerca de la fusión de los intereses. Yo no conozco nada más fatigoso que ser moralmente muy feliz y material-

mente muy desgraciado. ¿No equivale esto á tener una pierna helada como la mía por el viento colado de la puerta, y la otra tostada por las brasas del fuego? Espero ser bien comprendido, porque creo que hay algo del eco de mis palabras en el bolsillo de tu chaleco, ¿verdad, Blondet? Entre nosotros, dejemos el corazón, porque anula el talento. Prosigamos: Godofredo de Beaudenord gozaba, pues, de la estimación de todos sus proveedores, porque estos contaban regularmente con su dinero. La mujer de mucho talento citada ya, y á la cual no se puede nombrar porque, gracias á su poco corazón, vive...

—¿Quién es?

—La marquesa de Espard. Decía que un joven debía vivir en un entresuelo, no tener en su casa nada que oliese á hogar doméstico, ni cocinera, ni cocina; ser servido por un criado viejo, y no anunciar ninguna pretensión á la estabilidad. Según ella, cualquiera otra vivienda es de mal gusto. Godofredo de Beaudenord, fiel á este programa, vivía en un entresuelo del muelle de Malaquais. Sin embargo, se había visto obligado á tener ciertas semejanzas con las gentes casadas, poniendo en su cuarto una camita tan estrecha, que le tenía muy poco afecto. Una inglesa que hubiese entrado por casualidad en su habitación, no hubiera encontrado nada en ella de *improper*. Finot, ahora seguramente querrás tú que te explique la gran ley del *improper* que rige en Inglaterra; pero como estamos unidos por un billete de mil, voy á darte una idea de ello. Yo he ido á Inglaterra. (En voz baja, al oído de Blondet: Le vendo ingenio por valor de más de dos mil francos.) Finot, en Inglaterra tú te lías excesivamente con una mujer durante la noche en el baile ó en otra parte. La encuentras al día siguiente en la calle y la reconoces: ¡*improper!* Comiendo, encuentras bajo el frac de tu vecino de la izquierda un hombre encantador, de talento, y siguiendo las leyes de la cortesía francesa, tan amable, tan franca, le hablas: ¡*improper!* Abordas en el baile á una mujer bonita á fin de invitarla á bailar: ¡*improper!* Os acaloráis, discutís, reís, os expansionáis, expresáis sentimientos, jugáis cuando estáis en el juego, habláis hablando y coméis comiendo: ¡*improper!* ¡*improper!* ¡*improper!* Uno de los hombres de más talento y más profundos de aquella época, Stendhal, ha descrito muy bien el *improper*, diciendo: «que hay lord de la Gran Bretaña que estando solo no se atreve á cruzar-

se de piernas ante el fuego por temor á ser *improper*.» Una dama inglesa, aunque fuese de la furiosa secta de los *santos* (protestantes que dejarían morir de hambre á toda su familia si fuese *improper*), no sería *improper* haciendo mil diabluras en su dormitorio, y se consideraría como perdida si recibiese á un amigo en su propio cuarto. Gracias al *improper*, llegará día en que los habitantes de Londres quedarán petrificados.

—Cuando se piensa que hay en Francia necios que quieren importar las solemnes tonterías que los ingleses hacen en su patria con esa sangre fría que todos habéis admirado en ellos—dijo Blondet,—hay para hacer temblar á cualquiera que haya visto Inglaterra y compare sus costumbres con las graciosas y encantadoras costumbres francesas. En los últimos tiempos Walter Scott, que no se atrevió á describir á las mujeres tal como son por temor á ser *improper*, se arrepintió de haber hecho la hermosa figura de Effie en la «Prisión de Edimburgo».

—¿Quieres tú no ser *improper* en Inglaterra?—dijo Bi-xiou á Finot.

—¿Cómo?—dijo Finot.

—Vete á ver á las Tullerías una especie de bombero de mármol titulado Temístocles por el escultor, y procura andar como la estatua del comendador, y no serás nunca *improper*. La dicha de Godofredo se completó mediante la explicación rigurosa de la gran ley del *improper*. He aquí la historia. Tenía un tigre, y no un *groom* como escriben algunas gentes que no saben nada de las leyes del mundo. Su tigre era un irlandés llamado Paddy, Joby ó Toby, como se quisiera, que tenía tres pies de altura y veinte pulgadas de ancho, ágil como una ardilla, que guiaba un landó con una habilidad que no se ha visto nunca en Londres ni en París, que tenía mirada de lagarto, que era astuto como un zorro, que montaba admirablemente á caballo, con cabellos rubios como los de una virgen de Rubens, mejillas rosadas, disimulado como un príncipe, instruído como un procurador retirado, de diez años de edad, en fin, una verdadera flor de perversidad que jugaba y que juraba, que le gustaban las golosinas y el ponche y que era atrevido y y travieso como un pilluelo de París. Era la honra y el provecho de un célebre lord inglés, al que le había hecho ganar setecientos mil francos en las carreras. El lord que-

ría mucho á este niño; su tigre era como una curiosidad, nadie en Londres tenía un tigre tan pequeño. Sobre un caballo de carrera, Joby parecía un halcón. Ahora bien, el lord despidió á Toby, no por goloso, ni por ladrón, ni por malvado, ni por desvergonzado, ni por haber agujereado los bolsillos de la primera camarera de milady, ni por haberse dejado corromper por los adversarios del milord en las carreras, ni por haberse divertido los domingos, en fin, ni por ningún hecho reprochable. Aunque Toby hubiese hecho estas cosas y hubiese hablado al milord sin haberle éste interrogado, milord le hubiese perdonado estos crímenes domésticos. Tanto le estimaba el milord, que hubiese soportado de Toby muchos pecadillos domésticos. Su tigre guiaba un coche de dos ruedas y de dos caballos el uno delante del otro con tanta gracia, que parecía una de esas cabezas de ángeles que los pintores italianos colocan en torno del Padre eterno. Un periodista inglés hizo una graciosa descripción de este angelito, lo encontró demasiado hermoso para ser un tigre y se ofreció á apostar á que Paddy era hembra. La descripción amenazaba al dueño con el calificativo de *improper*. Milord fué muy alabado por milady por su circunspección. Toby fué despedido y no pudo encontrar colocación en ninguna parte, y como por aquella época Godofredo ocupase la Embajada de Francia en Londres y hubiese tenido conocimiento de la aventura de Toby, Paddy, Joby, se apoderó del tigre, á quien encontró llorando ante un tarro de confitura, pues el niño había perdido las guineas conque el milord había endulzado su desgracia. A su vuelta á Francia Godofredo de Beaudenord importó, pues, el tigre más encantador de Inglaterra, y fué conocido por su tigre como Couture se hizo notable por sus chalecos. De esta suerte logró fácil entrada en la confederación del club llamado hoy de Grammont. Como no llevaba ninguna ambición, después de haber renunciado á la carrera diplomática, fué bien recibido por todo el mundo. Nosotros nos hubiéramos sentido ofendidos en nuestro amor propio al no encontrar más que caras risueñas, porque nos complacemos en contemplar la amarga mueca de la envidia. Pero á Godofredo no le gustaba ser odiado. Cada uno con sus gustos. Vayamos á lo sólido, á la vida material. Su habitación, donde he almorzado yo más de una vez, se componía de un misterioso gabinete, tocador muy bien

adornado y lleno de cosas confortables, como chimenea, bañera, magníficas puertas, cerraduras suaves, goznes discretos, ventanas con grandes cristales y cortinas impasibles. Si el dormitorio ofrecía y debía ofrecer el más hermoso desorden que pueda desear el pintor de acuarela más exigente, si todo respiraba allí el ambiente bohemio de una vida de joven elegante, en cambio el gabinete tocador parecía un santuario: blanco, limpio, arreglado, abrigado, nada de vientos colados, y alfombrado para poder andar descalzo por él. En esto se conoce al verdadero soltero que sabe lo que es la vida. La marquesa ya citada, ó no, la marquesa de Rochefide, salió furiosa de un tocador y no volvió nunca más á él, porque no había encontrado allí nada *improper*. Godofredo tenía un pequeño armario lleno de...

—¿De camisolas? — dijo Finot.

—Vamos, siempre has de salir con las tuyas. (Nunca podré acabar de educarlo). No, de pasteles, de frutas, de bonitas botellas de vino de Málaga, en fin, de todo lo mejor que puede apetecer el estómago más delicado. Un anciano y malicioso criado, muy entendido en veterinaria, cuidaba los caballos y á Godofredo, pues había servido ya al difunto señor Beaudenord y profesaba á Godofredo un afecto inveterado, esa enfermedad del corazón propia de los criados y de la cual han sido curados por las cajas de ahorros. Toda dicha material es cuestión de cifras. Vosotros que conocéis bien la vida parisiense, comprenderéis que necesitaba unos diez y siete mil francos de renta, pues pagaba diez y siete francos de imposiciones y mil escudos de caprichos. Ahora bien, hijos míos, el día que llegó á la mayor edad, el marqués de Aiglemont le presentó cuentas de tutela como nosotros no seríamos capaces de presentárselas á nuestros sobrinos, y puso en sus manos papel del Estado que daba diez y ocho mil francos de renta, resto de la opulencia paterna reducida por los vientos republicanos y tamizada por los atrasos del Imperio. Además, aquel virtuoso tutor entregó á su pupilo treinta mil francos de economías colocados en la casa Nucingen, diciéndole con toda la gracia de un gran señor y con el abandono de un soldado del Imperio, que le había ahorrado aquella suma para sus locuras de joven. «Godofredo—añadió,—si quieres hacerme caso, en lugar de gastar ese dinero estúpidamente

como hacen otros, inviértelo en locuras útiles, acepta una plaza de agregado á la embajada de Turín, vete de aquí á Nápoles, vuelve de Nápoles á Londres, y de este modo te divertirás y te instruirás al mismo tiempo. Después, si quieres seguir una carrera, no habrás perdido el tiempo ni el dinero». El difunto de Aiglemont valía más que su reputación. No se puede decir otro tanto de nosotros.

—Un joven que penetra en el mundo á los veintiún años con diez y ocho mil francos de renta, es hombre arruinado—dijo Couture.

—Si no es avaro ó de talento—añadió Blondet.

Godofredo recorrió las cuatro capitales de Italia—repuso Bixiou.—Visitó Alemania é Inglaterra y un poco San Petersburgo, y recorrió la Holanda; pero gastó los treinta mil francos viviendo como si tuviese treinta mil francos de renta. En todas partes se dió la gran vida, oyó hablar el francés á todo el mundo y no supo, en fin, salir de París. Bien hubiera querido encallecerse el corazón, perder sus ilusiones y aprender á escuchar sin ruborizarse, á hablar sin decir nada y á penetrar los intereses secretos de las potencias; pero tuvo bastante trabajo con aprender cuatro lenguas, es decir, con proveerse de cuatro palabras para expresar una idea. Volvió huérfano de varias viudas aburridas, llamadas conquistas en el extranjero, y entró en Francia siendo tímido, buen muchacho, confiado, incapaz de decir mal de las gentes que le honraban admitiéndole en su casa y lleno de excesiva buena fe para ser diplomático. En fin, fué lo que nosotros llamamos un hombre leal.

—Sí, un primo que tenía sus diez y ocho mil francos de renta á disposición del primer recién llegado.

—Este Couture tiene tal costumbre de anticipar los dividendos, que anticipa el desenlace de mi historia. ¿Dónde estaba? En la vuelta de Beaudenord. Cuando estuvo instalado en el muelle Malaquais, ocurrió que gastaba más de lo que podía. Cuando perdía veinticinco ó treinta luises jugando, los pagaba, como es natural, y cuando ganaba los gastaba. Beaudenord, descontento con sus diez y ocho mil francos de renta, sintió la necesidad de aumentarla, y al efecto fué á consultar á su tutor. «Hijo mío—le dijo Aiglemont,—el papel está hoy á la par, yo he vendido el mío y el de mi mujer y puedes hacer tú lo mismo. Nucingen tiene en su poder todo mi capital, y me da un seis por ciento. Si tú haces

lo mismo, tendrás un uno por ciento más, y ese uno por ciento te permitirá vivir á tus anchas». En tres días Godofredo siguió este consejo, y como sus rentas guardasen perfecto equilibrio con sus gastos, su dicha material fué completa. Si fuese posible interrogar á todos los jóvenes de París con una sola mirada, como ocurrirá al aparecer el día del juicio final con los millones de generaciones que hayan vivido en todos los globos, y preguntarles si la dicha de un joven de veintiséis años no consiste en poder salir á caballo, en tilburi ó en cabriolé con un tigre del tamaño de un puño, fresco y rosado como Toby, Paddy, Joby; en tener por la noche por doce francos un bonito coche cerrado, en mostrarse elegantemente vestido siguiendo las leyes vestimentales de la mañana, del medio día, de la tarde y de la noche, en ser bien recibido en todas las embajadas y recoger las flores efímeras de amistades cosmopolitas y superficiales, en poseer una belleza soportable, en saber llevar bien el nombre, el traje y la cabeza, en vivir en un entresuelito amueblado, en poder invitar siempre á los amigos sin necesidad de tener que consultar el bolsillo, en poder renovar los caballos cuando se crea conveniente, todos, y hasta nosotros mismos, que somos gentes superiores, todos responderían que esta dicha es incompleta, que es la Magdalena sin altar, que es preciso amar y ser amado, ó amar sin ser amado, ó ser amado sin amar, ó poder amar á tontas y á locas. Llegamos ahora á la dicha moral. En Enero de 1823, cuando se halló bien poseído de sus goces, después de haber frecuentado las diferentes sociedades parisienses que quiso frecuentar, sintió la necesidad de tener que quejarse de alguna mujer distinguida, en fin, que resolvió cifrar sus sentimientos, sus ideas y sus afectos en una mujer; primero concibió el pensamiento de tener una pasión desgraciada, y durante algún tiempo dió vueltas en torno de su hermosa prima la señora de Aiglemont, sin notar que un diplomático había bailado ya con ella el vals de *Fausto*. El año 1825 pasó en ensayos, en investigaciones y en inútiles coqueterías, sin que el deseado objeto amado apareciese en ningún lado. Las pasiones son sumamente raras. En aquella época se levantaron tantas barricadas en las costumbres como en las calles. En verdad os digo, amigos míos, que el *improper* empieza á apoderarse de nosotros. No quiero haceros sufrir la descripción de la persona en quien Godofredo conoció á su hembra; sólo os

diré que tenía diez y nueve años, talla un metro cincuenta centímetros, cabellos rubios, cejas idem, ojos azules, frente regular, nariz aguileña, boca pequeña, barba corta y levantada, rostro ovalado y señas particulares ninguna. De este modo podía llenarse el pasaporte del objeto amado. No seáis más exigentes que la policía, que los señores alcaldes de todas las villas de Francia, que los gendarmes y todas las autoridades constituídas. La primera vez que Godofredo fué á casa de la señora de Nucingen, la cual le invitó á uno de aquellos bailes que le valieron cierta reputación, vió en un grupo á la persona que había de amar y se sintió atraído por aquella talla de un metro cincuenta centímetros. Aquellos cabellos rubios cubrían una cabecita ingenua y fresca como la de una náyade que se hubiera asomado á la fuente cristalina de su manantial para ver las flores de la primavera. (Este es nuestro nuevo estilo, frases vacías de sentido). El rubio de las cejas como diría Barny, podía ser comparado al arco de Cupido. ¿Conocéis el efecto de los cabellos rubios y los ojos azules combinados con una danza suave y decente? Una joven no os hiere entonces hondamente en el corazón, como esas morenas que con sus miradas parecen deciros, cual un mendigo español: «la bolsa ó la vida», cinco francos ó te desprecio. Estas bellezas insolentes y un tanto peligrosas pueden agradar á muchos hombres; pero á mi juicio, la rubia que tiene la dicha de parecer excesivamente tierna y complaciente, sin perder sus derechos á los reproches, á los falsos celos y á todo lo que hace á la mujer agradable, estará siempre más segura de casarse que la morena ardiente. La leña es cara. Isaura, blanca como una alsaciana (había nacido en Strasburgo y hablaba el alemán con un ligero acento francés muy agradable), bailaba admirablemente; sus pies, que no habían sido mencionados por el empleado de policía y que sin embargo podían haberlo sido en la casilla correspondiente á las señas particulares, eran notables por su pequeñez y por esos movimientos particulares que los maestros de baile denominan *flic-flac*. Los pies de Isaura convergían y se movían con una precisión, una ligereza y una rapidez de muy buen augurio para las cosas del corazón. «Tiene *flic-flac*» era el supremo elogio de Marcelo, único maestro de baile que mereció el nombre de grande, pues en tiempo de Federico se decía el gran Marcelo como se decía el gran

Federico.

—¿Ha compuesto danzas?—pregunto Finot.

—Sí, algo así como los *Cuatro elementos* y la *Europa galante*.

—¿Qué tiempos aquellos en que los grandes señores vestían á las bailarinas!—dijo Finot.

—*¡Improper!*—repuso Bixiou.—Isaura no se levantaba sobre las puntas de los pies, sino que permanecía con el pie en tierra, balanceándose sin sacudidas, y ni más ni menos voluptuosamente de lo que debe balancearse una joven. Marcelo decía con profunda filosofía, que cada estado tenía su danza: una mujer casada debía bailar de distinto modo que una soltera, un botarate de distinto modo que un financiero, y un militar de distinto modo que un paje, llegando hasta afirmar que el oficial de infantería debía bailar de distinto modo que el de caballería. De este modo analizaba á toda la sociedad. ¡Cuán lejos estamos nosotros de notar todos estos matices!

¡Ah!—dijo Blondet—pones el dedo en una gran llaga. Si Marcelo hubiese sido comprendido, la revolución no hubiera tenido lugar.

—Godofredo no había tenido la ventaja de recorrer la Europa ni observar las danzas extranjeras—repuso Bixiou. Sin sus profundos conocimientos coreográficos, calificados de fútiles, tal vez no hubiera amado á aquella joven; pero de los trescientos invitados que llenaban los salones de la calle de San Lázaro, él fué el único que comprendió el amor inédito que denotaba una danza decidora. No dejó de notarse la manera de bailar de Isaura de Aldriger; pero en este siglo en que todo el mundo exclama: «Deslicémonos sin apoyarnos», el uno dice: «He aquí una joven que baila admirablemente» (era un pasante de notario); el otro exclama: «He aquí una personita que no lo hace mal», etc., etc. Pero nosotros volvamos al gran Marcelo y digamos parodiando su hermosa frase: «¡Cuántas cosas en un paso á dos!»

—Sí, vayamos un poco más aprisa—dijo Blondet,—porque estás divagando.

—Isaura—repuso Bixiou mirando de reojo á Blondet—llevaba un sencillo traje de crespón blanco adornado de cintas verdes, una camelia en la cabeza, otra camelia en la cintura, otra camelia en la falda y otra camelia...

—Bueno, ya estamos en el cuento de las trescientas cabras de Sancho.